

BAROJA, AZORÍN Y MAEZTU, EN LAS PAGINAS DEL "PUEBLO VASCO"

POR

LUIS S. GRANJEL

A MODO DE PRÓLOGO

En los años que siguen a la fecha del desastre colonial, utilizada luego por *Azorín* para rotular el grupo generacional del cual él mismo era miembro destacado, tuvo lugar la fugaz aventura intervencionista en la vida pública española de los "noventayochistas", los escritores entonces jóvenes a quienes de verdad debe agruparse bajo la cifra que rememora el triste epílogo de nuestra historia colonial. Fueron tres: el futuro *Azorín*, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu; Miguel de Unamuno, desde su retiro salmantino, sólo se sumó con reservas a la acción, digamos política, de estos tres escritores.

Utilizando, en ocasiones, el sobrenombre colectivo de "Los Tres", Baroja, *Azorín* y Maeztu, emprenden, al comenzar el siglo, una quijotesca campaña de "regeneracionismo", sumándose con ella al coro de arbitristas y soñadores de la regeneración a quienes dió razón de existencia y argumentos la realidad española puesta al descubierto, en toda su crudeza, por el desastre colonial. A partir de 1898, algunos incluso antes, aquellos tres literatos van a proclamar desde la tribuna de algunos diarios, también en las páginas de efímeras revistas, una panacea para los males de la patria, de cuya bondad no dudan; aparecen sus firmas en *El País* y *El Globo*, en *Germinal*, *Vida Nueva* y *Revista Nueva*; más tarde, en 1901, afanes e ideales compartidos, uniendo estrechamente a Baroja, *Azorín* y Maeztu, los lleva a inspirar una curiosa publicación titulada *Juventud*, desde la cual emprendieron, entre otras campañas, la que tomó por meta denunciar el caciquismo ejercido en Málaga por Cristino Martos. De 1901 es también el célebre *Manifiesto* firmado por "Los Tres" y cuyo texto íntegro reproduce Ramón Gómez de la Serna en su biografía de *Azorín*.

No son estas noticias sobre el intervencionismo público de los "noventayochistas", del que espero hablar en breve, con suficiente pormenor, el tema que da motivo a este trabajo. Mi propósito ahora es dar a conocer un capítulo de tal compenetración generacional del que hasta ahora sólo existía sucinta alusión en un estudio de José María Salaverría sobre la generación del noventa y ocho. Este comentar-

ta, en efecto, haciendo historia de la ocasión que le permitió conocer, en su juventud, a los literatos que vengo mencionando, recuerda cómo aquélla se la deparó la presencia en San Sebastián, en el verano de uno de los primeros años del siglo, de los tres escritores, sirviendo de escenario a tal encuentro la redacción del recientemente fundado diario donostiarra *El Pueblo Vasco*, bajo la diligente dirección de don Rafael Picavea. “Gracias al entusiasmo de *El Pueblo Vasco* —escribe Salaverría (1)— pudo San Sebastián asistir al desfile de aquellos tres reclutas de la campaña del 98 que se llamaban Baroja, *Azorín* y Maeztu”; su estancia en la capital vasca fué breve, pues, como añade el autor que cito, “llegaron las lluvias otoñales, y las tres curiosas siluetas desaparecieron del cuadro de San Sebastián” (2); su nombre, no obstante, sobre todo el de Maeztu, siguió apareciendo, con cierta regularidad, en las columnas de *El Pueblo Vasco*. Fué esta referencia de Salaverría la que me indujo a realizar una indagación en la colección de tal diario, ayudándome, muy eficazmente, en la tarea el doctor don Agustín Sánchez Martín. Lo que ahora conocerá el lector son los primeros frutos de tal pesquisa; en lo que lea encontrará, espero, datos sobrados para juzgar sobre la importancia del hallazgo.

Empezó a publicarse en San Sebastián *El Pueblo Vasco* bajo la dirección, según queda indicado, de don Rafael Picavea, el primero de agosto de 1903. Los nombres de nuestros tres escritores aparecen como colaboradores del nuevo diario casi desde sus primeros números (3). En el propio periódico se leen noticias sobre la llegada a San Sebastián de Pío Baroja y Ramiro de Maeztu, acompañando al dato informativo elogiosas semblanzas. Al notificar el arribo de Baroja escribe uno de los redactores de *El Pueblo Vasco*: “Desde ayer se encuentra entre nosotros este notable escritor, que si España entera le tiene en gran estima, nosotros, los vascongados, y particularmente los donostiarras, debemos considerarle como a uno de nuestros más ilustres paisanos. Aquel Baroja que comenzó a erguirse sobre el montón hace seis o siete años, ofreciendo los primeros frutos de su talento en media docena de donosas crónicas que desde París envió a nuestro estimado compañero *La Voz de Guipúzcoa*, y que fueron su presentación en el periodismo, es hoy uno de los escritores más reputados. Baroja, escritor que pone sobre toda otra condición una independencia indomable, que por nada ni por nadie cede, ha triunfado en el periodismo, conmoviendo muchas veces las esferas oficiales con sus

(1) José María Salaverría: “La generación del 98”; *Nuevos retratos*, 56; Madrid, 1930.

(2) José María Salaverría: *Ibid.*, 59.

(3) La falta, en la colección consultada, de los ocho primeros números me impide precisar, de modo definitivo, el comienzo de tal colaboración.

atrevimientos y ha triunfado en la novela con sus libros. Podrá ser Baroja más o menos discutido, serán peregrinas y hasta inadmisibles algunas de sus teorías, habrá en su labor algo raro o violento que cree alrededor de sus obras alguna prevención, pero lo que no se puede negar a despecho de todos esos inconvenientes que no anublan, sino que antes más bien caracterizan una personalidad, lo que no se puede dejar de reconocer es que Pío Baroja es un literato que destaca sobre esa infinidad de escritores fofos, sin alma ni calor, palabrerros estériles que ninguna utilidad rinden a la sociedad ni siquiera a nuestra literatura. Pío Baroja viene a compartir con nosotros los trabajos de redacción, aunque solamente sea por una breve temporada; pero corta y todo, seguramente sabrá hacer dentro de ella Pío Baroja una labor provechosa que de fijo celebrarán todos nuestros lectores" (4).

Días después, anunciando la llegada de Maeztu, informa así el periódico a sus lectores (5): "Se encuentra entre nosotros el brillante e ilustradísimo escritor que constantemente comparte con los de esta casa las tareas de *El Pueblo Vasco*. Ramiro de Maeztu es uno de los jóvenes que más valen y que más significación tienen en la vida intelectual de la España de estos días. Dotado de gran potencia cerebral, de profunda y varia erudición, de una voluntad firme que le lleva a proseguir hasta el fin las empresas que acomete, Maeztu tiene, sin duda, un renombre bien ganado en la literatura de hoy, y especialmente en la periodística, en que nuestro paisano se destaca entre los que más brillo le dan. Dedicado a estudios político-sociales de indudable trascendencia, síguelos afanoso y con cariño y no deja de enterarse un solo día del movimiento contemporáneo de todas esas cuestiones que hoy agitan a los pueblos y que tanto interés entrañan. Por eso tiene autoridad indiscutible la voz de Maeztu y por eso es oída con respeto en los centros oficiales de la Corte. Nuestro querido amigo viene a trabajar en *El Pueblo Vasco* durante el mes que corre; él y Pío Baroja, otro intelectual de grandes y raras prendas, serán, con otros escritores ilustradísimos, el adorno mejor de estas columnas." No hemos hallado referencia alguna al arribo a San Sebastián del futuro *Azorín*.

El primero en ver aparecer su firma en las columnas de *El Pueblo Vasco* donostiarra fué Ramiro de Maeztu. Durante el mes de agosto de 1903 publicó ocho artículos rotulados con el epígrafe común "Charlas madrileñas", de los que merece recordar los titulados: "¡Adiós, bohemia", "La cláusula 12", "Razones olvidadas", "Las angustias de

(4) *El Pueblo Vasco*, núm. 29, sábado, 29 de agosto de 1903.

(5) *El Pueblo Vasco*, núm. 35, viernes, 4 de septiembre de 1903.

Montero Ríos”, “Lluvia de asuntos” y “¡Ande la *Gaceta!*”; con el título genérico “San Sebastián, estación de invierno” aparecieron otros cinco artículos; independientemente de estas dos series de colaboraciones, y como las citadas también en el mes de agosto, escribió y publicó dos “Crónicas” y los artículos “Grandmontagne y el pueblo vasco”, “Odio al trabajo” y “La locomoción de las grandes ciudades”. En el mes de septiembre se publicaron de Maeztu, en *El Pueblo Vasco*, los artículos “Maura y la clase media”, “El arte en el país vasco”, “Sobre la Exposición de Rentería: Nacionalismo Industrial”, “Silvela”, “Tercera exposición de Arte Moderno en Bilbao”, dos “Crónicas” (“Galleos periodísticos” y “Policía y Sociedad”) y un comentario a cierta obra de Benavente. Del mes de octubre son su segunda crónica acerca de la Exposición de Arte Moderno de Bilbao y los artículos “Hernani” y “Vendimia Triste”. En noviembre sólo publicó el diario donostiarra, de Maeztu, el artículo titulado “Una antigua polémica”, y en el mes de diciembre su colaboración “Ante las fiestas del Quijote”.

José Martínez Ruiz colabora en *El Pueblo Vasco*, durante el mes de agosto de 1903, con los trabajos “Una ficción” y “El mal de España”; luego, la aparición de la firma del escritor levantino se interrumpe hasta el mes de noviembre, reapareciendo ahora al pie de cuatro colaboraciones rotuladas todas con el título “Las fantasías y devaneos de un pequeño filósofo en Madrid”. Pío Baroja, por último, da comienzo a su colaboración en el nuevo diario de su ciudad natal, en el mes de septiembre de 1903, con el artículo, importantísimo como se verá, titulado “No nos comprendemos”; siguen a éste, en el mismo mes, los rotulados “Los viejos”, “Primavera andaluza”, “Espíritu de asociación”, “Consecuencias”, “Casi apólogo” y “Hampa”. Hasta finalizar el año del que hacemos historia en este trabajo sólo reaparece dos veces más su firma en *El Pueblo Vasco*; ocurre esto los días 17 y 18 de octubre con los artículos “Diálogo ético” y “Psiquis vasca”.

Muy varios son, por su contenido, los artículos cuyos titulares acaba de conocer el lector; se advierte, eso sí, en ellos una cierta identidad de criterio, una actitud muy similar ante los problemas capaces de despertar su curiosidad, sus elogios o críticas. Es, precisamente, tal semejanza la que permite aunar los frutos que integran este capítulo de la producción periodística de los tres literatos noventa-yochistas que por aquellas fechas han emprendido ya la conquista de la celebridad. El recuerdo de tales artículos, limitándome a lo que de ellos aquí importa, voy a realizarlo agrupando sus temas en

torno a dos concretos problemas (6); es el primero de ambos el relativo a la situación política y social española en la época en que tales colaboraciones periodísticas fueron redactadas; atañe el segundo a cuestiones de índole literaria, incluyendo la valoración que nuestros escritores hacen ya de su propia obra.

EL TEMA DE ESPAÑA

El primero de los dos temas, acabo de indicarlo, a cuya exposición y comentario consagran preferente interés *Azorín*, Baroja y Maeztu en sus colaboraciones a *El Pueblo Vasco*, es de naturaleza política; esta preocupación se hace evidente, sobre todo, en los artículos de Maeztu y el futuro *Azorín*. Interesan para conocer los juicios que en estos escritores suscita su contemplación de la triste realidad española los artículos de Maeztu titulados “Las angustias de Montero Ríos”, “¡Ande la *Gaceta!*”, “Crónica”, “Maura y la clase media” y “Silvela”. De José Martínez Ruiz importa releer sus colaboraciones “Una ficción” y “El mal de España”. A enjuiciar, y bien acremente por cierto, como se verá, la obra política de la generación que entonces gobierna los destinos españoles consagra Pío Baroja su artículo “Los viejos”.

De tres políticos nos ofrece Ramiro de Maeztu su desenfadada opinión; recuerda a Montero Ríos (7) con ocasión de un empréstito negociado por el Gobierno y cuya inversión no ve muy clara el comentarista. De Silvela habla en estas colaboraciones suyas a *El Pueblo Vasco* al comentar su retirada política (8); enjuiciando críticamente el ideario que el político conservador quiso hacer realidad, sin conseguirlo, en su breve aventura de gobernante, escribe Maeztu: “Antes que cañones —alude, bien se entiende, al empeño de Silvela de reconstruir el poderío militar español— necesitamos patriotismo, y esta virtud sólo puede lograrse con un desarrollo económico, intelectual y ético, que nos permita vivir a gusto en nuestra patria.” A despecho del abismo que separa el ideario político de Maeztu del profesado por el partido conservador, el juicio con que el comentarista

(6) Me propongo completar, en breve, este análisis recogiendo en otro estudio las reflexiones que a los tres literatos suscitó la contemplación de la vida vasca; explican este interés, en dos de ellos —Maeztu y Baroja—, razones de índole racial; en el tercero —el futuro *Azorín*—, una temprana y definitiva inclinación afectiva por el paisaje de esta región española, en cuya génesis influyó mucho la amistad del escritor levantino con los Baroja.

(7) “Las angustias de Montero Ríos”; *El Pueblo Vasco*, núm. 18; martes, 18 de agosto de 1903.

(8) “Silvela”; *El Pueblo Vasco*, núm. 51; lunes, 21 de septiembre de 1903.

resume la personalidad de hombre público de Silvela, es elogiosa; con su retirada que, puntualiza, “lleva al desconcierto al mundo político”, el destino de España queda, salvadas honrosas excepciones, “entregado a los ambiciosos, sin convicciones ni cultura, cuyo único placer consiste precisamente en no ser libres, en dar actas y en pavonearse ante las comisiones”.

Más importante que los mencionados ya es el artículo dedicado por Ramiro de Maeztu a dar testimonio de su personal opinión sobre la personalidad y la obra pública de Maura (9), el gobernante español que por su ideología estuvo un día más cerca que ningún otro del credo político social confesado por los literatos noventayochistas (10). Califica Maeztu de acertado propósito, aunque ya fracasado, el empeño de Maura de realizar la “revolución desde arriba”, y añade al juicio una reflexión sobre los motivos que pudieron ocasionar los inoperantes resultados de tal propósito. Asimismo juzga Maeztu certera la observación de Maura, en la que éste coincide con Pablo Iglesias, de que a España lo que le falta para poder lograr su estabilidad política y el situarse en el camino de su redención, es una bien organizada clase media; con esta ocasión añade Ramiro de Maeztu el siguiente juicio de la sociedad española: “España hoy es una democracia inorgánica regida por una serie de caciques, a cuyo amparo se ha creado en algunos puntos una llamada clase neutra que depende en absoluto de aquéllos. Nuestra situación es la de Francia en 1788. Una monarquía que quiere organizarse; una aristocracia terrateniente, arruinada en buena parte; un grupo de financieros y prestamistas de todas categorías; un ejército de funcionarios y un pueblo no diferenciado que vive al día, y que no encuentra medio de seleccionarse para formar la clase media —según Maura—, la clase capitalista —según Pablo Iglesias— o la clase directora del trabajo —según la clasificación social que yo prefiero—.”

A comentar diversos aspectos de la política nacional dedica Maeztu el artículo “¡Ande la *Gaceta!*” (11), de lectura carente casi de interés desglosado, como hoy se encuentra, de la circunstancia que lo motivó. Generalizando sobre esta situación política en su artículo “Crónica” (12), escribe Ramiro de Maeztu, tras denunciar el auge de

(9) “Maura y la clase media”; *El Pueblo Vasco*, núm. 34; jueves, 3 de septiembre de 1903.

(10) A confirmar esta tesis, que podrá parecer, posiblemente, discutible a muchos, comparecen las opiniones de Ramiro de Maeztu que aquí se transcriben, y con ellas, las que podría citar de Unamuno y *Azorín* (Cf. sobre estos últimos mis libros *Retrato de Unamuno*, Madrid, 1957, y *Retrato de Azorín*, en prensa).

(11) *El Pueblo Vasco*, núm. 29; sábado, 29 de agosto de 1903.

(12) *El Pueblo Vasco*, núm. 30; domingo, 30 de agosto de 1903.

la inquietud e incluso el odio en la vida comunitaria española: “Nadie está contento. Jamás han sido tan rencorosas las luchas políticas.” Añade poco después: “Los partidos políticos —carlistas, conservadores, liberales y republicanos— se hallan virtualmente disueltos. El espíritu de crítica ha contaminado hasta a los socialistas, antes disciplinados férreamente.” La requisitoria de Maeztu, verdadero balance de la bancarrota que consumó en España el desastre colonial, concluye con este lúgubre augurio, implicando en él su propia existencia: “Tengo el triste presentimiento de que los días que se acercan no son los que más convienen a un artista psicológico, amante al mismo tiempo de los libros y de la realidad... El tipo de Camilo Desmoulins, alma móvil de su patria y de su tiempo, profeta y víctima de la revolución y del terror, me inspiran tanto cariño como miedo... Quisiera estar muy lejos...” Leído este párrafo a la luz del recuerdo de las jornadas de 1936, adquieren las frases que lo componen un tono profético y una hondura que su autor, al escribirlas, estaba desde luego muy lejos de sospechar.

Pío Baroja dirige la intención de su crítica a los representantes de la generación que hizo realidad la restauración y tras aquella efemérides gobernó la política que condujo a España al desastre de 1898; los prohombres de tal generación, escribe Baroja (13), “no hicieron más que vivir una vida oscura y miserable; no tuvieron energías para nada; no supieron hacer de una patria grande, negra y triste una nación próspera y feliz... Ellos llevaron a España a la decadencia más absoluta por su estulticia, por su necedad, por la vaciedad de sus palabras disimuladas por las flores de papel de la retórica. Ellos nos dieron un arte falsificado, una política falsificada, un honor falsificado. Son cómicos todos estos revolucionarios que no han hecho ninguna revolución, porque siempre han esperado que se la hicieran los sargentos; son cómicos estos reaccionarios, terribles, capaces de vender sus ideas por dos perras gordas; son cómicos, si no fueran repulsivos, todos esos viejos de la España actual, pálidos espectros sin energía y sin alma”. Haciéndose ahora portavoz de la generación a la que por edad pertenece, incluye Baroja en su artículo este corto diálogo:

“¿Y ustedes qué hacen?”, pregunta alguno.

“Nosotros, negar. Es algo. Otros vendrán que afirmen, y si no hay nada que afirmar, nada nos importa. Es igual.”

José Martínez Ruiz, refugiándose en la figuración utópica, fragua, en su artículo “Una ficción” (14), una irónica imagen de lo que

(13) “Los viejos”; *El Pueblo Vasco*, núm. 34; jueves, 3 de septiembre de 1903.

(14) *El Pueblo Vasco*, núm. 19; miércoles, 19 de agosto de 1903.

el partido republicano español, una de las promesas de renovación de la vida nacional, haría realidad tras cobrar "el seso desde hace tanto tiempo perdido". Aprovecha esta ocasión el futuro *Azorín*, y esto es lo que aquí importa recordar para trazar una posible y, a su juicio, urgente reforma de la vida municipal; sólo de ella puede esperarse, opina, lograr la renovación política que vanamente se sueña conseguir por la acción, iluminada, de un grupo de políticos. Tres días más tarde, en otra colaboración (15), Martínez Ruiz retorna al tema para combatir la nefasta aspiración, por tantos compartida, de conseguir la regeneración nacional por obra de una individualidad superior, encarnación del mito nietzscheano del superhombre, escribe: "Un hombre-héroe, un hombre-coloso, no puede nacer en España: nada se crea de la nada...; aunque por combinaciones inexplicables de los átomos, ese hombre apareciera en España, su enorme esfuerzo se estrellaría irremisiblemente contra la realidad más enorme y más dura." El porvenir, cualquiera que sea su signo, concluye, está en manos de las mayorías, anónimas, que laboran o se dejan arrastrar a una vida que de tal no posee apenas el nombre.

Apuntando ahora con su crítica a facetas no políticas de la vida social española, Baroja y Maeztu encuentran nuevos temas con que nutrir sus colaboraciones en el diario donostiarra. Del humano vicio de la pedantería, pecado éste, justo es advertirlo, del cual Baroja no acusa sólo a sus conciudadanos, habla este escritor en su artículo "Consecuencias" (16); en un escrito posterior (17), descubre a sus lectores varios aspectos de la vida madrileña; describe aquí, con enérgico trazo, junto al hampa política y la de los negocios, la que pone marco a la vida literaria y artística sin olvidar la de los miserables que de todo carecen. La indiferencia desdeñosa de los poderosos, el odio que cultivan los abandonados por la fortuna, son valladares que hacen cada día más insalvables las diferencias entre las clases sociales. Maeztu trata un tema de política municipal en su artículo "La locomoción en las grandes ciudades" (18); un acre comentario a la actuación de la policía española se lee en su colaboración "Policía y sociedad" (19). Tratando un tema por el que Ramiro de Maeztu venía mostrando ya especial interés, publica en *El Pueblo Vasco* (20) una dura requisito-

(15) "Las confesiones de un pequeño filósofo. El mal de España"; *El Pueblo Vasco*, núm. 22; sábado, 22 de agosto de 1903.

(16) *El Pueblo Vasco*, núm. 41; jueves, 10 de septiembre de 1903.

(17) "Crónica. Hampa"; *El Pueblo Vasco*, núm. 48; viernes, 18 de septiembre de 1903.

(18) *El Pueblo Vasco*, núm. 14; viernes, 14 de agosto de 1903.

(19) *El Pueblo Vasco*, núm. 47; miércoles, 16 de septiembre de 1903.

(20) "El odio al trabajo"; *El Pueblo Vasco*, núm. 13; jueves, 13 de agosto de 1903.

ria contra la resistencia, tan hispánica, a cuanto suponga, mucho o poco, romper el cansino y adormecedor transcurrir de la vida colectiva, lo que exija esfuerzo aunque el premio al sacrificio se ofrezca evidente y a todos alcance.

CUESTIONES LITERARIAS

Hombres de letras en todo momento, y a despecho, en ocasiones, de sus personales preferencias, los “noventayochistas” nunca dejaron, incluso en sus, por fortuna, fugaces períodos de apasionamiento político, de interesarse por el concreto quehacer a que los había inclinado un día, y para siempre, una vocación hondamente sentida. El futuro *Azorín*, igual que Baroja, incluso Maeztu, el menos literato de los tres, consagran buen número de sus colaboraciones a *El Pueblo Vasco* a comentar diversos aspectos de la vida literaria del momento, y algunos, los más interesantes sin disputa, a definir y defender la actitud estética, y también ideológica, por ellos confesada. Para conocer esta segunda faceta temática de las dos que predominan en los artículos publicados por nuestros escritores en el diario donostiarra, preciso será hacer aquí mención de los escritos de Maeztu titulados “¡Adiós, bohemia!” y “La originalidad”; los de Pío Baroja, “No nos comprendemos” y “Espíritu de asociación”, y las tres colaboraciones de José Martínez Ruiz encabezadas con el rótulo común “Las fantasías y devaneos del pequeño filósofo en Madrid”.

En su artículo “¡Adiós, bohemia!” (21), Ramiro de Maeztu, haciendo historia de un pasado todavía cercano, traza una semblanza de varios componentes del grupo generacional a que él mismo pertenece; se rememora allí la estampa de Pío Baroja, José Martínez Ruiz y Unamuno; las de Benavente, Valle-Inclán y Manuel Bueno; también las de Joaquín Dicenta, Antonio Palomero y José Verdes Montenegro, así como las de Navarro Ledesma, Juan Ramón Jiménez, Ramón Pérez de Ayala y el cuentista José Roure. Por juzgarlos de interés voy a reproducir, textualmente, los breves retratos que Maeztu dibuja de cuatro de los literatos mencionados; son sus nombres Miguel de Unamuno, José Martínez Ruiz, Pío Baroja y Juan Ramón Jiménez. Miguel de Unamuno: “Rector de la Universidad, profesor de griego, poeta, novelista, economista, etc. Estará en Madrid, de paso para los Juegos Florales de Almería, el 22 del corriente. Se presentará en la ciudad andaluza con su casquete celta, sus gafas redondas, su chaleco

(21) *El Pueblo Vasco*, núm. 9; domingo, 9 de agosto de 1903.

hasta el cuello, sus zapatos de hebilla y su bastón torneado. En el banquete con que se le obsequie lanzará a las narices de los comensales bolitas de pan." El futuro *Azorín*: "José Martínez Ruiz, sociólogo, periodista, 'panfletario', rubio, alicantino y silencioso. Dice que los partidos políticos sólo piensan en las copas de los árboles cuando se ha de atender principalmente a las raíces. Se propone ayudar a su familia en la recolección de sus 40.000 cántaras de vino y consagrarse a estudios agrícolas." Pío Baroja: "Novelista donostiarra, médico, panadero y hombre sombrío, vacilaba entre veranear en El Escorial, San Sebastián o en Macedonia. Yo le aconsejé que se presentara candidato a concejal conservador por Madrid. La idea le pareció excelente. Anuncio a ustedes de manera oficial la presentación de su candidatura. Ya se han hecho las primeras gestiones." Juan Ramón Jiménez: "Poeta sensitivo y modernista. Está muy melancólico. Llega dentro de poco a su mayoría de edad y habrá de incautarse de varios cientos de miles de duros hechos con el coñac Jiménez & Lamohe...; cosa más desolada!" El tono de los esbozos biográficos leídos, resulta casi innecesario señalarlo, dice mucho sobre la naturaleza de las verdaderas relaciones que a la vez unían y enemistaban a esta turbulenta mesnada de jóvenes escritores. La segunda de las colaboraciones de Maeztu, ya nombrada (22), la dedica su autor a comentar, críticamente, ciertos aspectos de la vida literaria española, de modo preferente el achabacanamiento de que dan testimonio no pocos hombres de letras: ante él propugna Maeztu, recogiendo sugerencias de Unamuno, "levantar una hermandad de los originales, de los que discurren por su cuenta, de los que imprimen el sello de su propia individualidad a cuantos pensamientos les salen al camino, de los que no toman las ideas como las monedas, por el valor del cambio, sino que las prestan su propio valor"; no es preciso reforzarse para descubrir tras esta formulación programática el perfil de una de las convicciones estéticas más enérgica y reiteradamente proclamadas por el grupo generacional, del cual el propio Maeztu es miembro prominente.

Pío Baroja, en su colaboración titulada "No nos comprendemos" (23), figura dialogar con un interlocutor enemigo de la obra literaria de Unamuno, Martínez Ruiz, Maeztu y del propio Baroja; en otras palabras, el propósito de Baroja es dar pie a un enfrentamiento de dos generaciones; al reproche de su interlocutor, que confiesa no comprender el ideario del nuevo grupo literario, responde Baroja: "Lo único que podemos dar es lo que tenemos. Un ansia do-

(22) "La originalidad"; *El Pueblo Vasco*, núm. 31; lunes, 31 de agosto de 1903.

(23) *El Pueblo Vasco*, núm. 32; martes, 1 de septiembre de 1903.

lorosa, un anhelo inconcreto por un ideal también inconcreto, un deseo de algo grande, de algo terriblemente humano." Sigue, en el artículo que rememoro, a esta afirmación, el diálogo que paso a transcribir:

—Si ustedes tuvieran un programa serían escuchados.

—Un programa es un conjunto de fórmulas y la fórmula es una mentira... Si podemos, queremos turbar las conciencias, remover los espíritus, sacudir con flagelaciones la voluntad. Que las almas queden abiertas para que germine y fructifique el ideal nuevo.

—¿Y cuál es el ideal nuevo?

—Cualquiera. Un ideal noble y grande que nos haga vivir con intensidad, que nos dé valor para sostener una vida trágica o una muerte heroica.

—Y ese ideal nuevo ¿germinará?

—Sí germinará, no por la virtualidad de las ideas —que en la flora intelectual no se dan especies nuevas más que en períodos de miles de años—; germinará por la parte de fuerza, de virilidad, de aspiración, de desprecio a la vida rutinaria y miserable que lleven esas ideas."

Germinará, añade poco después Baroja, en concretas individualidades, y con su plena virtud taumatúrgica, "en el cerebro de un gran hombre, que no será oído, que será despreciado por la masa porque la masa es siempre infame". En otro artículo, sólo unos días posterior al que vengo citando (24), Pío Baroja, limitándose aquí a dibujar su personal e íntima figura, escribe este excepcional documento autobiográfico: "Yo soy individualista rabioso, egoísta furibundo, no ególatra, como suponen algunos, pues nunca me he creído un genio, sino un buen señor que escribe sus artículos como puede y vive en su rincón también como puede. No soy superhombre, ni odio a nadie ni a nada. Temo más al dolor que a las enfermedades, a las enfermedades más que a los hombres, a los hombres más que a la muerte. Deseo muy pocas cosas, tan pocas que puedo decir como en un lied de Goethe: 'En nada coloqué mi deseo.' Mi gran temor es éste: sufrir; mi gran aspiración es llegar a la euphoria griega. El mundo me parece un sitio en donde el hombre se constipa. Brindo esta aclaración a los que me atacan con cortesía. A los demás no les brindo nada, y sigo."

Abordando valientemente la ardua empresa de esbozar el sistema ideológico que presta base a la labor literaria, tanto suya como de sus compañeros de generación, José Martínez Ruiz compone sus tres colaboraciones que titula con el encabezamiento común "Las fantasías

(24) "Espíritu de asociación"; *El Pueblo Vasco*, núm. 36; sábado, 5 de septiembre de 1903.

y devaneos del pequeño filósofo en Madrid". Se lee en la primera de ellas una crítica de la moral kantiana a la que contrapone la que cobra vida en los escritos de místicos y casuístas; escribe el futuro *Azorín* (25): "Buena es la virtud; buenas, no hay que decirlo, son la honradez, la escrupulosidad, la sinceridad, la invenalidad; pero hay algo en los hombres virtuosos —sobre todo en los que siguen la moral kantiana, hórrida y mísera—; hay en estos hombres algo geométrico, algo rectilíneo, algo petrificado que les hace un tanto antipáticos"; defecto éste, añade nuestro autor, que no se descubre en los moralistas antiguos; añade: "Hay en la moral de nuestros místicos y de nuestros casuístas una tan linda comprensión de la vida, de sus exigencias, de su movimiento ondulante y contingente; es tan amable, tan risueña en medio de su integridad...; es tan profundamente humana y altruísta nuestra moral, repito, que a su lado la concepción kantiana es una de las más lamentables y bajas producciones del intelecto humano."

En su segunda colaboración (26) para atención su autor en el reproche, tantas veces por él escuchado, nos dice, de inadaptación al medio, de veleidad ideológica; buscando hacer justicia a esta vacilante actitud suya y de otros compañeros de generación, pasa revista a la diversidad de ambientes o mejor climas ideológicos —políticos, filosóficos y éticos—, que cual compartimentos independientes coexisten en la circunstancia histórica; alude, asimismo, al atractivo que para ellos poseen todos, terminando por confesar el azorante problema íntimo que crea en quien lo vive esta interior inseguridad ideológica y creencial, este no saber preferir; reflejando, posiblemente, al escribir esto, una vivencia experimentada tanto como por él mismo por los restantes "noventayochistas", nos dice: "El problema no es deleznable ni baladí, sino de vida o muerte. Cuando se llega a cierta edad, un ideal, es decir, una guía moral y filosófica es tan necesaria al espíritu como los mantenimientos al cuerpo." En su tercera colaboración (27) parece haber resuelto, o intentado resolver cuando menos, aquella íntima pluralidad de preferencias al formular aquí una crítica a la demasía en el trato con los libros; frente a la polarización hacia el quehacer intelectual, postula el futuro *Azorín* un retorno a la espontaneidad vital, predica una inmersión en la vida, aceptándola tal como ella se nos ofrece; se pregunta: "¿Por qué hacer depender nuestra ventura o nuestra infelicidad de unas páginas secas y abstrac-

(25) *El Pueblo Vasco*, núm. 106; sábado, 14 de noviembre de 1903.

(26) *El Pueblo Vasco*, núm. 110; miércoles, 18 de noviembre de 1903.

(27) *El Pueblo Vasco*, núm. 121; domingo, 29 de noviembre de 1903.

tas?" Más de una vez se pueden leer en los escritos juveniles de Martínez Ruiz, y como en los suyos en los de Baroja y Maeztu, requisitorias acerbas contra el intelectualismo; ellas descubren en quienes las escribieron más que un verdadero afán por combatirlo, la situación de menesterosa dependencia que ante tal intelectualismo se encuentran; hombres de letras por vocación insoslayable, aquellos jóvenes escritores viven encadenados a su mundo interior, fraguado en prolijas lecturas; a través de ellas contemplan y enjuician la vida que los circunda y su propia existencia; incapaces para la acción, se limitan a proclamarla como suprema panacea para todo mal, sea éste comunitario o individual e íntimo; en ciertos momentos, secuaces de Nietzsche, predicarán el culto a la violencia; en otras ocasiones, discípulos ahora de Schopenhauer, postularán el más radical de los nihilismos, y siempre, cualquiera que sea la actitud adoptada, serán modelos librescos quienes inspiren su postura y el credo que con ella buscan simbolizar.

Luis S. Granjel.
Universidad de
SALAMANCA (España).